

Homenaje a Franklin Pease G. Y.

Collaguas I

Visitas de Yanque-Collaguas,
1591 y documentos asociados

Capítulo 4

por David J. Robinson



FONDO
EDITORIAL

Collaguas I
Visitas de Yanque-Collaguas, 1591 y documentos asociados
David J. Robinson

© David J. Robinson, 2012

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: 1977
Segunda edición corregida y ampliada: marzo de 2012
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03813
ISBN: 978-9972-42-994-1
Registro del Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Collaguas: una etnia del siglo XVI.

Problemas iniciales

FRANKLIN PEASE G. Y.

En los últimos años viene planteándose un conjunto de hipótesis y problemas en torno a un mejor estudio de la población andina y sus estructuras de funcionamiento antes y después de la invasión española. Estudios como los de Murra y Wachtel han propuesto nuevas posibilidades a partir de la utilización de novedosos materiales documentales, y de una experiencia que integra las técnicas de trabajo de historiadores, etnólogos y arqueólogos. A partir de ello y del hallazgo de una visita del repartimiento de Yanque Collaguas, correspondientes al año 1591, completando posteriormente con otros hallazgos documentales, vienen a plantearse problemas y posibilidades de ampliar los estudios sobre los Andes, en busca siempre de una mayor comprensión de los procesos andinos.

Después de la visita general realizada por el Virrey Toledo en los años setenta del siglo dieciséis, parece haberse generado una serie de problemas administrativos vinculados, de alguna manera, con el hecho ya comprobado de una caída demográfica cuyos límites y alcances no están muy precisos todavía, aunque se insinúa una recuperación de la población en la segunda mitad del siglo diecisiete, ya que las tasas toledanas no pudieron ser aplicadas largo tiempo en una población que decrecía. A esto se debieron en buena parte los sucesivos pedidos de los señoríos étnicos en torno a una revisita de sus territorios (de sus pobladores), que llevaron a largos y tediosos procedimientos administrativos destinados a reevaluar la población y las tasas aplicadas. Algunas de las visitas post-toledanas publicadas últimamente tienen este carácter, como es el caso de la visita de Acarí, iniciada en los últimos días de 1592, donde se afirma que «a causa de las grandes enfermedades que ávido en este reino habían venido en mucha disminución los indios de aquel partido... por no haberlos revisitado desde la vista general estaban muy cargados de tributos por habérseles muerto gran cantidad de yndios...» (Rodríguez de los Ríos, 1973 [1593]).

Estas debieron ser las causas que originaron las sucesivas visitas de la región de Collaguas. Las epidemias tenían una fuerte presencia en los Andes desde antes de la invasión, y ya no se discute el azote de la viruela entre 1524 y 1526; posteriormente hubo brotes virulentos generalizados en 1546, posiblemente sarampión, paralelos

a un brote epizootico en los auquénidos; entre 1558 y 1559, un rebrote de la viruela relacionada con hemorragias azotó a la población; finalmente, entre 1585 y 1591, hubo otra epidemia, similar y extendida, que asoló el sur del Perú (Polo, 1913, 56 ss.; Dobyns 1963, citando a Lastres), a esta se refiere concretamente la mencionada visita de Acarí, la cual se registró en el norte de Arequipa en 1596 (Rodríguez de los Ríos, 1973 [1593], p. 205), en Collaguas, pues la visita de 1591 menciona que el P. Luis de Oré, cura de Coporaque hizo y «exiuio....[una] memoria y un numeración de los indios que se han muerto en la enfermedad general de la viruela y sarampión» (Pease, 1977 [1591], p. 97). Lo cual no deja de contrastar con la visita de Ulloa Mogollón, que no la registra, afirmando, en cambio, que «las enfermedades de que mueren son diferentes, sin que haya alguna común ni notable» (1965 [1586], p. 331), lo que podría atribuirse a la ligereza de las respuestas que requerían trabajo censal en el corregidor.

Las revisitas de los tres repartimientos de Collaguas, cuyo estudio iniciamos aquí, pudieron iniciarse aun antes del primer testimonio que conocemos (1591). Al margen del interés de la administración colonial, que pocos años antes había hecho recoger la información que consta en las Relaciones Geográficas de Indias, una de las cuales es la citada de Ulloa Mogollón, debieron ser sensibles en la región los efectos tanto de la crisis demográfica, patentes desde la visita del virrey Toledo y ya mencionados para el caso de Acarí en el extremo norte de Arequipa, como también es visible que otros ámbitos entraron en un pronunciado declive, la producción por ejemplo; en una zona relativamente cercana, la de los Rucanas Antamarcas, el visitador contemporáneo a Ulloa dejó testimonios de que «en la dicha visita de los indios —se refiere a la hecha por orden de Toledo— se redujeron en pueblos en las partes pereció más cómodos a los visitadores y parece que serán permanentes, por haber en ellos lo fueron reducidos de dos leguas y de una legua, siempre se quejan, diciendo que en sus pueblos viejos tienen sus sementeras, que ellos dicen chácaras, y que las de mucho trabajo illas a beneficiar» (Monzón, 1965 [1586], pp. 238-239), incluyéndose este problema dentro de la desestructuración generalizada en los andes del dieciséis.

En términos generales podemos decir que las visitas fueron producto del interés de la Corona española en obtener información concreta, periódicamente incluso, sobre el funcionamiento de sus organismos de gobierno (Céspedes, 1946), y de la necesidad de la administración de obtener también información sobre el número de habitantes y los recursos que manejaban; de esta manera era posible a la administración fijar los tributos, la contribución a las diversas clases de mita establecidas a partir de Toledo en forma definitiva, la reducción a centros urbanos que facilitaron tanto la administración y recaudación tributaria como la evangelización. Fueran motivadas también por los problemas surgidos entre los encomenderos y la población, generalmente relativos al monto tributario, y también por la necesidad de retasar la población en descenso a solicitud de los señores étnicos, como ya indiqué; finalmente, una última motivación pudo estar vinculada a litigios diversos, aun entre españoles.

Las visitas proporcionan así, por una parte, un nutrido material censal sobre la población andina y los recursos económicos, no por discutible menos importante (Mayer, 1972; Pease, 1975). Nos permite acceder, en el caso de las visitas más tempranas, a informaciones importantísimas sobre los tiempos anteriores a la invasión española, los resultados ya obtenidos del análisis de las visitas de Huánuco y Chucuito así lo evidencian (Ortiz de Zúñiga, 1967 y 1972 [1562]; Diez de San Miguel, 1964 [1567], los estudios que acompañaron ambas ediciones).

Como ejemplo, las visitas de Collaguas nos proporcionan una información censal de un cierto grado de credibilidad, desde que sus datos pueden ser fácilmente comprobados con aquellos provenientes de los libros parroquiales que cubren el mismo período que ellas (1591-1646) y que lo sobrepasan con creces, permitiendo proyecciones interesantes. Los visitadores de Collaguas fueron algunas veces de casa en casa, anotando los nombres, edades y recursos de sus habitantes, incluyendo a los hijos, por cierto. Debemos constatar que se presenta un problema derivado de las diferentes concepciones de «edad» entre los andinos y los españoles del siglo dieciséis, analizando desde los estudios de John H. Rowe (1958), que presenta dificultades el trabajarlas dentro del sistema censal español. Conscientes de esa dificultad, traducidas en las visitas en identidades de edad de marido y mujer, por ejemplo, puede apreciarse en la secuencia de las mismas visitas de Collaguas, la forma como va aceptándose la imposición de las nuevas categorías a partir de la compulsa simultánea de los libros parroquiales.

Al margen de la utilidad de las visitas del Collaguas para proporcionar y ayudar a completar números totales y diversas tablas de población, es importante constatar la posibilidad de seriar su información para un período mayor de cincuenta años, lo que hace posible realizar diversas proyecciones a partir de dicho período, a fin de compensar faltas de información anteriores o posteriores, completar series y cifras totales provenientes de documentación administrativa de diversa índole. La misma información seriada podrá hacer posible estudiar estrechamente las relaciones entre las variaciones de la población y los procesos de desestructuración inaugurados en el siglo dieciséis, y los cambios que estos originaron hasta el presente.

Son difusas las informaciones demográficas para la región de Collaguas antes de la visita general del virrey Toledo; el Deán Valdivia atribuía una población de 60 000 habitantes para los tiempos anteriores a la invasión del dieciséis (1847, p. 118), copiando en ello a Echevarría y Morales (1952 [1804], p. 80). Todavía no tenemos acceso a cifras correspondientes a la visita de la Gasca en 1549, comparables las conocidas para otras regiones como Huánuco (Mori y Malpartida, 1956 y 1967; Serna y Espinoza, 1975), pero sí disponemos de ellas para 1570-1575, provenientes de la visita general de Toledo, donde se ubicaron 33 900 habitantes, 7922 de los cuales eran tributarios (Málaga, 1972a, p. 397; 1974a, 29ss.; Cook 1975, p. 217, 220-222, 226); también para 1586, cuando se hizo la mencionada Relación de Juan de Ulloa Mogollón, se ubicaron solo 7800 tributarios en los tres repartimientos de los Collaguas (1965, p. 328). Vásquez de Espinoza dejó constancia de nuevas numeraciones,

señalando 6103 tributarios, con una población total calculada en 23 869 (1958, p. 655). La disminución es visible, aunque no se aprecie en este caso una situación similar a la mencionada para los datos demográficos del cronista carmelita para la región de Chucuito (1973). No conocemos el fragmento correspondiente a la visita general que mandó hacer el Duque de la Plata en 1690, y de la cual disponemos parte de la correspondiente visita a la región del altiplano (Sánchez Albornoz, 1973), y se anuncia nuevos fragmentos (Lorenzo Huertas, comunicación personal).

En contraste con las visitas ahora encontradas, tuvimos acceso a información sobre el comportamiento de la población en la misma región de Collaguas, que puede ser estudiada ordenando la copiosa enumeración de las visitas en pirámides de población, número de hijos por pareja, familias compuestas por una sola cabeza, huérfanos y viudos, de edades diferentes, cuando la mujer es mayor que el hombre, edad estimada de la madre al primer alumbramiento, etcétera (Cook, mss). Aparte de patrones de migración, estudiables en los mismos registros parroquiales de la zona. Naturalmente que el panorama se complica al utilizar simultáneamente los libros parroquiales, cuyos datos deben ser procesados en distinta forma (ver Sánchez Albornoz, 1967; Cook, 1976 y mss.). No estará de más anotar que este material documental es tal vez uno de los más completos entre los conocidos hasta el momento para un área registrada del Perú colonial.

De otro lado, considerando la hipótesis planteada por John V. Murra (1964, 1967, 1968, 1972 y 1975) sobre el «control vertical de un máximo de pisos ecológicos en las sociedades andinas», y basados en documentación (visitas) de la región del Titicaca, de Huánuco y de otros lugares, las perspectivas se amplían para nuestro trabajo. Postulaba Murra que las organizaciones andinas requerían controlar simultáneamente diversos pisos ecológicos, en vista de la limitación que la geografía exigía en términos de extensiones cultivables y distribución de las tierras arables, en vista también de las limitaciones que la altura sobre el nivel mar y la lejanía del Ecuador ofrecían al mismo tiempo. La región de los Collaguas presenta en este caso perspectivas sugerentes, comprobadas en la breve labor realizada por nuestro equipo y el campo, y también claramente expuesta en el material documental hallado, que permite conformar el modelo y aún proponer algunas modificaciones de las que me ocuparé posteriormente. Hay que añadir que la discusión de la información censal hace posible llegar, al mismo tiempo que el análisis del comportamiento del modelo de Murra, a la forma como se agudizó la desestructuración de lo que habló Wachtel (1971), y se verifican cambios sustanciales en la composición de la población.

Las visitas de Collaguas proporcionan información particular sobre los recursos agrarios y ganaderos correspondientes a cada familia estudiada. Muchos de los lugares mencionados como zonas de cultivo en 1591 son verificables en la actualidad, y se requiere de un detenido trabajo etnográfico para registrarlos y encuadrarlos en planos y catastros. Es visible también la distribución de los productos en los diversos pisos ecológicos y otras veces situados a cortas distancias, siendo importantísimo estudiar en este sentido los sistemas de andenes del valle de Colca, como reclamara

Neira (1961). La seriación de los recursos de unidades domésticas sucesivas, a través de las diferentes visitas, permitirá ver las variantes en el uso de la tierra entre pobladores descendientes de los registrados en las visitas iniciales, al mismo tiempo que la introducción de los criterios de los occidentales de propiedad y la resistencia de los patrones andinos de acceso a recursos.

Se considera que la crisis demográfica del siglo siguiente abarcó desde 1570 a la segunda mitad del siglo siguiente; se supone que durante el diecisiete, al entrar en crisis las reducciones y comenzar a crecer (o estabilizarse) la población, las comunidades andinas recuperaron recursos al mismo tiempo que disminuía la presión de la mita minera y del tributo al crecer la población. Pero las opiniones vertidas sobre estos problemas no pudieron basarse en un estudio intensivo de las poblaciones existentes entre los cambios demográficos y aquellos que afectaron a la estructuración agraria, los cambios de los criterios administrativos como son los ocurridos entre la política de Toledo y de Palata, y los años transcurridos en ambos. Puede continuarse una secuencia de relaciones entre la variación de la población de la región de Collaguas y la crisis política del siglo dieciocho, básicamente la rebelión de Túpac Amaru, luego la guerra de la independencia y la introducción del comercio dependiente del circuito del Atlántico Norte europeo, la organización republicana, siguiendo el análisis a través de las crisis del siglo pasado y del presente. Sin embargo, este es un paso muy posterior, proseguible solo en el caso de la ubicación de nuevos y más variados materiales.

¿Qué información pueden proporcionar las visitas de la reacción frente a las reducciones?, ¿a la política toledana que era tan diferente a la que presidió los días del virreinato en el decenio anterior? ¿Cómo reaccionaron los pobladores al disminuir la presión gubernamental sobre las reducciones, al bajar el tributo al mismo tiempo que la curva demográfica descendía? ¿Cuál fue el nivel (el alcance) de la recuperación de los recursos agrarios cuando las reducciones entraron en crisis? ¿En qué medida afectó a la organización en proceso de desestructuración el crecimiento de la población en el siglo dieciocho, cuando no sabemos de su estabilización y el fin de la contracción demográfica en el diecisiete? En 1690, al hacerse el censo del Duque de la Palata, se incrementó notoriamente los recursos tributarios de la administración, ¿qué relación existió entre este momento y esta actitud del poder administrativo y «urbano», con el nacimiento de un conjunto de movimientos campesinos de carácter mesiánico detectados a lo largo del siglo dieciocho? Este es un conjunto de preguntas que acrecientan nuestro interés en las visitas y los demás documentos de Collaguas, y que enlazan en cierta medida con las que presidieron los estudios de Javier Tord sobre el comportamiento tributario de la población entre 1780 y 1830 (1974).

Volviendo a Yanque Collaguas y al siglo XVI, en torno a los documentos vecinos a la primera visita que encontrara (1591), es bueno precisar que la región fue muy transitada por la administración española desde épocas tempranas. Al formar parte de la llamada provincia de los Collaguas, el repartimiento de Yanque fue entregado inicialmente a Gonzalo Pizarro, debiendo sufrir sin duda una fuerte presión española

desde los momentos iniciales de la colonización, que incluyeron a las guerras intestinas entre los conquistadores. Poca es la información que tenemos por ahora sobre la vida del valle de Colca en estos momentos; sin embargo, Alejandro Málaga ha precisado (en el ensayo que se incluye en esta edición) las incidencias de la vida administrativa de los Collaguas durante el siglo dieciséis, indicando que después de Pizarro fue nombrado encomendero Francisco Noguero de Ulloa, pasando el repartimiento de Yanque a la corona solo en 1562, debido a que Noguero de Ulloa había contravenido largamente las disposiciones que exigían su permanencia en la encomienda [Ahora tenemos el estudio detallado del siglo XVI de David Cook, 2007]. Años después, el entonces corregidor Juan de Ulloa Mogollón visitó la región proporcionándonos dos importantes informaciones (1584 y 1586). Interesa especialmente por su concisión y coherencia la Relación de 1586, que Jiménez de la Espada incluyera en su edición de las *Relaciones Geográficas de Indias*. Este es uno de los excelentes materiales, distintos a las crónicas, que nos hablan largamente de la forma de vida en la región, superior en términos generales a la documentación normal de archivo, más vinculada a la vida administrativa, pero que nos permite siempre acceder a informaciones más amplias sobre la vida material de la población. Solamente en algún caso es posible llegar a datos numéricos sobre la población misma, y a las tasas aplicadas en ella por los administradores pre —y post— toledanos (Málaga, 1972a y 1972b, 1974b), que presentan como en el caso de Toledo un cuadro tributario y demográfico en la forma de un resumen general. Es una lástima que no haya sido posible ubicar hasta ahora una información toledana como la que se cuenta para la zona de Chucuito (Pease, 1973), ni tampoco un material tan rico y orgánico como la visita que hiciera a la misma región Garcí Diez de San Miguel (1567, 1964).

Sin embargo, las visitas del valle del Colca realizadas a partir de 1591 nos ofrecen un conjunto de informaciones que hacen posible no solo un análisis prometedor, sino que incluso permiten delinear un modelo que ofrece variantes frente a los cinco casos descritos por Murra en 1972 y 1975. Es verdad que en el estado actual de la investigación es prematuro aún hablar de modificaciones al modelo de la verticalidad, pero es necesario constatar que el panorama actual permite preverlas.

La visita de 1591 a la que hacemos alusión, se desarrolló en el sector urinsaya de Yanque (de la parcialidad de hanansaya solo poseemos un fragmento), fue hecha en sus comienzos por Gaspar Verdugo, quien era corregidor de la provincia de los Collaguas, hasta que el 12 de julio de 1591 entregó los materiales de la visita a su sucesor Gaspar de Colmenares (1591a, 95r-95v), quien continuó los trabajos. Como hasta este momento solo poseemos un fragmento de hanansaya, sin foliación, estamos aún frente a muchas preguntas sin respuesta; solo un detenido estudio de esas visitas fragmentarias, en comparación con las más completas de años posteriores y con los libros parroquiales, nos permitirá reconstruir la organización de Yanque en 1591, al mismo tiempo que se reclama un detenido trabajo destinado a establecer la toponimia, identificando las tierras de cultivo para levantar un mapa que haga posible analizar la dispersión y la concentración zonal de los cultivos.

El valle del río Colca formó parte del territorio ocupado por la unidad étnica de los Collaguas, entendida hasta la fecha como una etnia diferente al resto de la población del sur del Perú actual. Aparentemente, de acuerdo con las crónicas, mantenía dicha unidad desde antes de la expansión del Tawantinsuyu por la región. No es claro todavía cuál fue realmente el territorio que ocupaban, si es que se puede hablar de una ocupación «territorial» orgánicamente distribuida, ni tampoco hay hasta hoy un estudio arqueológico de largo aliento en el área, aparte del que hiciera Neira en 1961, y que proporciona una útil información inicial, pero necesaria de completar [Los nuevos estudios arqueológicos de Wernke y Doutriaux nos ofrecen detalles muy importantes].

Aparentemente Yanque y Lari formaban junto con Cabanaconde una unidad étnica desde antes de la expansión del Cuzco. No está claro tampoco hasta dónde Yanque y Lari podrían formar una «mitad» Collagua (provenientes de Collaguata) de habla aymará, como se deduce de las informaciones de Ulloa Mogollón que la oponen a otra constituida por Cabanaconde; al menos el problema subsiste. Alejandro Málaga piensa que «en el período colonial se respetaron las dos parcialidades en que estaba dividida la provincia de Collaguas en el incanato: Hanan y Urinsaya, la primera comprendía los territorios del repartimiento de Yanque Collaguas en poder de la corona». Sin embargo, se tropieza aquí con el hecho de que la información de los cronistas no ha sido aún compulsada totalmente con la que puede proporcionar tanto la arqueología como en trabajo etnográfico. Leguía y Martínez resaltó hace años la relación con el Tawantinsuyu, hablando del matrimonio del Inka Mayta Cápac con una mujer perteneciente a la élite local, mencionando también el uso que le dieron los cuzqueños al mineral de cobre hallado en la región (1912, I, pp. 44-45), pero sus fuentes la reducen a una sola línea (Garcilaso, 1960, II, p. 96), tanto el Deán Valdivia (1847, II, 8ss.), como Lorente copiaron a Echevarría y Morales (1952, 80ss.) y al P. Jerónimo de Oré, cuyo catecismo daba la información indicada. No se trata, pues, de información muy confiable. Mencionan además los autores citados la presencia inicial de mitmaquna cuzqueños en la región, lo cual no debe causar asombro, aunque no deben ser necesariamente vinculados con el Tawantinsuyu, sobre todo recordando las observaciones de Neira, relativas a la influencia inicial del Tawantinsuyu en el área, supuesta por los cronistas en fechas antiguas, y discutibles arqueológicamente a partir de la cronología de Rowe (Neira, 1961, pp. 172-173).

De otro lado, hay que llamar la atención sobre que las afirmaciones de los cronistas y de los comentaristas posteriores, relativas a una temprana presencia individualizada del Tawantinsuyu en Collaguas, tropiezan con serios problemas, debido a que la memoria oral que recogieron los mismos cronistas no registraba acontecimientos necesariamente seriables en forma cronológica, sino categorías más amplias y ejemplares. Lo más probable es que el «jefe» (permanente) proviniera de la panaqa atribuida a Mayta Cápac, y que perfectamente podía llevar el mismo nombre, fuera el relacionado con la región del valle del Colca, y por ello se afirma en la tradición oral occidentalizada que el Inka de este nombre los conquistó.

Las vicisitudes de la conquista española nos hacen prestar atención principalmente a Yanque, encomienda inicial de Gonzalo Pizarro, pero al mismo tiempo nos hace preguntarnos si esto se debe a un predominio de Yanque sobre los demás núcleos de la etnia Collagua, o si trata de una preferencia motivada por la elección de dicho pueblo (reducción toledana después, una vez mudada de sitio a la otra margen del río Colca, opuesto a su emplazamiento original) para encomienda de uno de los hermanos Pizarro. Parecería más probable lo primero, desde que Yanque es nombre atribuido a los señores étnicos del lugar (Ulloa Mogollón, 1965, p. 329), lo cual llama poderosamente la atención; con respecto a Lari «por cortesía y respeto dicen entre ellos Lare, a un cacique principal», aunque «dicen que fundaron estos dos pueblos principales en uno llamado Yanqui, donde estuvieron los mayores señores, y el otro Lare, donde están los señores que los siguientes son tíos y sobrinos» (Ulloa Mogollón, 1965, p. 329). La división es, pues, «Collaguas y Cavanaconde», como indicó el mismo Ulloa (325).

El trabajo arqueológico ya realizado, nos lleva a distinguir una primera zona alta, vecina al actual pueblo de Yanque, donde tanto las andenerías como el microclima maicero de Uyo Uyo tiene un prestigio notable, rastreable aun en las visitas de fines del XVI, y una segunda región en las inmediaciones de Coporaque, donde los restos de Kiparani, Maucacoporaque y Coporaque inclusive, tienen una alta significación aún ceremonial (Neira, 1961, pp. 114-120).

Si tenemos en cuenta la conocida política del Tawantinsuyu en términos del incremento de las tierras bajo riego, incluyendo los andenes, no nos sorprende el hecho de que los incas propiciaron la construcción de andenes en la zona (Neira, 1961, p. 104). La perfección del sistema de andenes del Colca es casi proverbial entre la población, y no sería exagerado atribuir buena parte de ellos a construcciones anteriores a la expansión del Tawantinsuyu, si bien esto requiere mayor confirmación arqueológica. La importancia de los andenes para los pobladores de Yanque, la más densa población de Collaguas, está evidenciada en la visita de 1591, donde un alto porcentaje de la población censada tiene acceso a los mismos. La continuación de nuestro trabajo con las visitas que se refieren a otros núcleos de Collaguas (Lari y Cabanaconde) debe proporcionar un interesante material comparativo a partir, por ejemplo, de la utilización de andenes para la elaboración de la sal, registrada ya en 1605. De otro lado, no sorprende la presencia de construcciones estatales; ya se ha llamado la atención sobre el hecho de que la expansión incaica supuso siempre la construcción de centros administrativos a lo largo de los caminos, por ejemplo; pero la atención ha sido hasta ahora acaparada por los grandes conjuntos urbanos de este tipo (Vilcasguman, Tambo Colorado y Tambo de Mora, Huánucopampa, Jauja, Cajamarca, Tumipampa, etcétera) que se encuentran al norte del Cuzco. Poco o nada es lo que sabe de la situación de los enclaves administrativos situados al sur o al suroeste del Cuzco. Solo conocemos algo de la importancia de Hatuncolla (Puno), Iskanwaya, Pocona, Inkararay o Inkallajta (Bolivia), mencionados por los cronistas y transitados por investigadores en los últimos años. Poco es lo que conocemos en

general al sur del Cuzco, tanto en términos de grandes conjuntos, como de los pequeños enclaves intermedios. Ciertamente que la arqueología comienza a dar cada vez mayor importancia a las construcciones no monumentales y a los depósitos y tampus, tan importantes para la vida económica andina (Matos Mendieta, Morris, Thompson), pero todavía los esfuerzos siguen siendo muy aislados. En relación concreta al área de Collaguas, son todavía válidas las afirmaciones de Neira (1961, p. 78), en el sentido de que los arqueólogos —al igual que los cronistas— desatendieron con frecuencia el área extremo sur; los actuales estudios permiten abrigar mejores esperanzas.

Siempre en torno al poco detalle que tenemos sobre los centros administrativos ubicados al sur del Cuzco, es necesario destacar que los actuales estudios de John Hyslop y Elías Mujica en las riberas del lago, permiten pensar que los centros poblados del área lupaca estaban ubicados en la cumbre de los cerros, rodeados de muros defensivos, antes de la expansión cuzqueña, mientras que las «cabeceras» (luego reducciones) de las orillas del lago son producto de la actividad administrativa del Tawantinsuyu en la región (o, en todo caso, su origen es muy cercano al momento de expansión cuzqueña hacia el lago). Es importante recalcar que Neira menciona una serie de construcciones similares en los cerros también fortificadas y previas a la presencia del Cuzco en las riberas del Colca.

Las visitas y padrones de Collaguas no nos proporcionan una información mayor sobre tampus o depósitos; sabemos por las «Ordenanzas de Tambos» mandadas hacer por Vaca de Castro, que desde el tampus de Hatun Cana (a una jornada de Yanaoca) «hasta la villa de Arequipa hay cinco o seis jornadas de despoblado, tierra muy fría y muy pobre de leña y sin ningunos bastimentos y no es justo que los Indios atraviesen con cargas el dicho despoblado. Mando que del dicho pueblo o Pueblos Canas se tome el camino por los Collaguas por el cual ay poblado una noche si otra no y es poco lo que se rodea» (1909, pp. 440-441).

Neira menciona depósitos en Huacallúa (cerca de Chivay) y Uscallajta (entre Chivay y Yanque), también los hay en zonas más bajas, en la margen izquierda del río Sigwas: Alto de Betancur (entre Lluta y Sigwas), así como en la Pampa de Timirán (1961, 90ss., 95; y comunicación personal). Debieron existir sin duda más depósitos y tambos, y solo un detenido trabajo arqueológico podrá dar mayor información, aunque esto sería mucho más factible si pudiéramos contar con informaciones documentales sobre los lugares de concentración de qolqa (depósitos), y una mejor identificación de los tampus a lo largo del camino estatal.

El problema de la verticalidad

Desde que John V. Murra anunció la hipótesis del «control vertical de un máximo de pisos ecológicos en las sociedades andinas» se ha venido haciendo una serie de precisiones y anotaciones por parte del mismo Murra (1967, 1968, 1972, 1975) así como por otros especialistas (Flores Ochoa, 1970; Rostworowski, 1970; Mayer, 1972; Fonseca, 1972; Pease, 1973) que tienden a proporcionar al modelo una mejor

delimitación, al mismo tiempo que ofrecen variantes que se ofrecen en diversos lugares de los Andes. Incluso se vienen haciendo proyecciones para ver la forma como funcionaria el modelo durante el Tawantinsuyu. (Pease, 1976, mss.).

Puede apreciarse, sin embargo, que existen dificultades para hacerlo viable —la costa, por ejemplo—al margen del Tawantinsuyu. María Rostworowski de Diez Canseco viene proporcionando instrumentos documentales que, al ser analizados, escapan (modifican) al modelo de Murra, y también en parte quedan fuera de las propuestas de Carl Troll para la alta cultura andina (Troll, 1935, 1958).

Al iniciar el análisis de los materiales de Yanque Collaguas tropezamos con una primera evidencia: los habitantes de la región tuvieron acceso durante el siglo XVI, y antes de este, a recursos agrícolas que se obtenían a distinta altura sobre el mar: maíz, papa y quínuá, básicamente; constatamos que estos recursos están a la vez extendidos a zonas aún extrañas al valle del río Colca, y se aprecia que en diferentes documentos se habla —en el mismo siglo XVI— de *mitmaqkuna collaguas* en regiones costeñas, sin excluirlos desde luego en las regiones más altas, hacia el Cuzco y Puno, donde hay rastros seguros de su presencia.

Podemos encontrar distintos tipos de evidencia, constatando inicialmente que Yanque es el límite más alto del cultivo del maíz en el valle del Colca, no solo de acuerdo a la información oral sino que la visita de 1591 permite identificar a Uyo Uyo, frente al actual pueblo de Yanque y rodeando a un antiguo emplazamiento, como un microclima productor de maíz. Ello justifica también las andenerías con riego que encontrara Neira (1961, p. 104). Las visitas nos informan también que hay diversos lugares ubicados a diferentes distancias de Yanque, valle abajo, en los cuales los pobladores de este podían acceder al maíz.

Hay otros tipos de indicios de cómo los «señores» de un pueblo en concreto podían, en 1591, tener control sobre gente que vivía en reducciones ubicadas en diversas zonas ecológicas, y en consecuencia eran productores de distintos recursos. Un ejemplo a tomar en cuenta: Martín Chuquienco (o Martín Hanco), *mallku* con residencia en Coporaque, donde regentaba el *ayllu* Pahana Collana Pataca (Yanque 1591a, 109r), y subordinado a Jusepe Guaasuri (*mallku* de *urinsaya* en el repartimiento de Yanque) y a don Juan Alanoca, su equivalente en la provincia de Collaguas (1591, 109r). Martín Hanco era principal del *ayllu* Payana Collana Pataca en Tisco, en la parte alta del valle del Colca, a una altura aproximada de 4000 m. (1591a, 54r), y disponían allí de un «mandón» llamado Francisco Maque. En Sibayo, a 3810 m., el mismo don Martín Hanco era principal del *ayllu* Paragra Pahana Pataca a través de su mandón Juan Chacha (1591a, 65v). En el mismo pueblo de Sibayo controlaba otro *ayllu*: Sibayo Pahana Collana Pataca (1591a, 70v). Mientras en el pueblo de Tuti, a 3790 m., tenía bajo su control al *ayllu* Pahana Collana Pataca (1591a, 32v). Hasta donde llega inicialmente esta información, permite pensar que el mencionado *mallku* controla diferentes «mandones» que vivían en pueblos situados todos a distintas y mayores alturas que Coporaque (la información es incompleta en gran medida porque falta la parte final de la visita de *urinsaya* de Yanque de 1591, y solo hay un

fragmento de hanansaya), pueblo situado a 3417 msnm. Son ubicables entonces todos los pueblos «dependientes» en la región ganadera; a través de estos mandones tenía acceso Martín Hanco no solo a energía humana en términos de reciprocidad asimétrica, sino también a recursos de altura, especialmente ganado andino, cuya presencia es indudable no solo por la información documental de XVI, sino también en la actualidad. Podríamos aventurarnos a decir, sin demasiado riesgo, que la energía humana que obtenía Martín Hanco de los ayllus mencionados, podría estar dedicada prioritariamente al pastoreo.

Esta información reviste un interés particular, desde que permite atisbar mejor las relaciones de los señores étnicos, al mismo tiempo que da nuevas dimensiones a la imagen territorial del ayllu. De la información de Garcí Diez de San Miguel para Chucuito pudimos extraer los recursos que obtenían los señores más importantes (ver cuadro en Murra, 1975, p. 212). Poco sabemos, en cambio, de lo que ocurría con los señores secundarios, de «parcialidad» o de ayllu. Las visitas de Huánuco nos enseñaron cómo podía obtener recursos el curaca de un grupo étnico mucho más reducido de la zona del alto Huallaga, pero no nos explicaron, al menos claramente, las relaciones entre los señores y sus segundones. En cambio, ahora tenemos al menos un punto de partida para una búsqueda más extensa y nuevas reflexiones.

Hay un problema adicional aquí, no sabemos bien cómo fueron hechas las reducciones, tampoco en Yanque (aunque comentaremos un texto claramente alusivo a ellas). Hasta la fecha, la información que tenemos sobre las reducciones, nos indica muchas veces qué ayllus fueron ubicados en ellas, pero esto no es suficiente; sin embargo, nos proporciona un indicio de la inseguridad de la información. Ella sería bastante si el ayllu estuviera identificado con un territorio estrictamente delimitado y concentrado en una sola área como la reducción española. Pero al no ser así se plantea un nuevo problema: sabemos que el ayllu, en tanto que grupo de parentesco todavía no claramente delimitado, controlaba tierras situadas a distintas alturas y en diferentes ecologías. La dispersión de los pobladores del ayllu es entonces explicable en términos del control ecológico. Al poder atisbar las relaciones entre los señores y sus segundones en el caso mencionado anteriormente, apreciamos que grupos humanos limitados son incluidos en ayllus de igual nombre y reducidos en diferentes pueblos. La dispersión es evidente, pero creo que no podrá ser mejor aclarada mientras no dispongamos de los protocolos de las reducciones mismas, o de una documentación equivalente que nos informe de los criterios de los visitantes toledanos para ubicar a pobladores que podían ser de un mismo ayllu en diferentes pueblos, si bien podríamos estar más seguros de que esta situación puede muy bien derivar de una actitud defensiva de la población andina, que logró de esta manera mantener un mínimo de acceso a recursos diferentes.

De hecho, el maíz no es el único índice para explicar el uso de ecologías diferentes. Al igual que en Huánuco, los habitantes de toda la región de Collaguas tuvieron pocos lugares para obtener sal; los informes de Ulloa Mogollón nos hablan de salinas en Lluta, más abajo de los 3000 m. y mencionan además que «Hay otras en el pueblo

de Guambo, de sal blanca, que haciendo unas eras y metiendo en ellas el agua de un arroyo, dejándola estar, se yela en sal muy buena y blanca; y que de aquí se prevé toda esta provincia» (1965, p. 332).

La información etnográfica nos menciona, también, la recolección de qochayuyo a la orilla del mar, aunque sabemos también que lo hay en las lagunillas de altura. Podemos ver (Cuadros, 1973) cómo se emplean también otros recursos. Vimos antes de qué manera un señor de lo que fue después parte del repartimiento de Yanque-Collaguas, tenía control sobre pasto y pastores, si bien tenemos todavía poca información sobre ganado. Al no hallarlo entre «propiedades» de la gente, podríamos suponer que existía aún, en los momentos de la visita, ganado comunal, de igual forma que entre los Lupaqa, ya que, además, en los papeles de Ulloa Mogollón podemos ver que «Tienen ganado doméstico de la tierra, de que abunda esta provincia», y «Los tratos y granjerías que tienen son de ganado de la tierra, lana y carne, que traen los indios de la sierra, donde se cría el ganado a los indios del valle» (1965 [1586], p. 332), y añade después: «truécanlo por maíz y quínu», entendiéndose esto encuadrado dentro del intercambio peculiar y recíproco que el control de diversas ecologías hace posible. Aunque Ulloa Mogollón proporciona información sobre este control, no lo entendió como una relación diferente al comercio. En todo caso, la presencia de un abundante ganado está atestiguada en el documento de la visita de Alonso Fernández de Bonilla publicado en esta nueva edición.

Los recursos se extienden entonces en una gama que abarca los tubérculos y gramíneas de altura, el ganado también criado en las tierras altas, ocupándose la zona intermedia del valle con tubérculos variados y hacia las tierras más bajas de Cabanaconde podemos hallar una fuerte concentración maicera. Pero las visitas nos hablan también de «colonias» ubicadas más cerca al mar (Yura, Yanahuara, Tiabaya, y otros lugares), donde era posible otros tipos de cultivo. De las tierras más bajas obtenían madera: «Fáltales la madera, que la traen de partes lejanas, como son de Arequipa y del río abajo del valle de Tapay y de otros pueblos» (Ulloa Mogollón 1965, p. 332). De esta zona se traía sin duda madera para las construcciones de Huacallúa, cuyo techado requería troncos de gran tamaño (Neira, 1961, p. 91).

Una versión ecológica del mito de Inkarrí

En los trabajos realizados en el valle del Colca entre noviembre de 1974 y marzo de 1975, pude obtener una versión del mito de Inkarrí, caracterizada por una importante variante frente a las otras conocidas hasta el momento (Arguedas, 1956; Núñez del Prado, 1957; Morote, 1958; Ortiz, 1973; Flores Ochoa, 1973; Valencia, 1973; etcétera), ya que proporcionan una imagen del uso de la ecología por los habitantes del área Collagua.

El narrador C. M. C., de 43 años, vive actualmente en el pueblo de Yanque. Bilingüe, ha hecho estudios secundarios en Arequipa. Relató la siguiente versión en español:

Inkarrí camachisca pachamama santa tierra. Por eso nosotros hasta la fecha creemos que Inkarrí dizque era como dios milagroso, que cuando se necesitaba agua, Inkarrí decía «que haya agua en este sitio». Y salía el agua. En ese instante salía un ojito de agua. Quería reconstruir chacras, o sea andenes [y] se construían de por sí, las piedras se pircaban, se formaban andenes por sí solos.

Dicen que en Callalli, por la parte alta, en Inkarrí en un tiempo bajaba por esta región, comenzando por Callalli. En Callalli los ayllus estimaban bastante al Inka: Callalli, Cibayo... y les dejaba el Inkarrí tan solamente leña y ganado, porque como era tan alto no podían tener sembríos, leña y pasto mayormente les dejaba. A los de Cibayo les daba en el mar, o sea en las lomas [donde] tienen sus propiedades, digamos. Cada año hasta la fecha van a pescar y traer esas verduras; qochayuyo dicen.

El Inka con los ayllus de Callalli y mayormente de Sibayo bajaba hasta Chivay. En Chivay les daba agua; después [les] ha dejado tan solo sarasenqa, el desecho del maíz. Por eso no tiene maíz Chivay.

Llegaron a Yanque los kurakas [quienes] eran rebeldes, bravos, casi no querían respetar al Inka. Por eso no tiene agua [en Yanque]; sin embargo les dejó [¿por azar? ¿se le cayó?] un granito de maíz, y ya produce pues. Hay chacras de maíz.

Después bajaba hasta Cabanaconde. En Cabanaconde les dejo un choclo íntegro. Es por eso que en Cabanaconde hay bastante maíz. Eso recuerdo.

Un elemento particularmente interesante, y que distingue esta versión de las demás conocidas, es sin duda el énfasis ecológico que el mito traduce. Inkarrí es presentado en la versión de Yanque como un dios ordenador del mundo en términos generales, que es una situación fundamental en las otras versiones conocidas (cfr. más arriba, y también Pease, 1972, VI; 1973, III). En cambio, el relato de Yanque nos ofrece además un ordenamiento de pisos ecológicos, en los cuales Inkarrí es un productor del maíz, que nos entrega una información particularmente útil, en tanto que también puede ser relacionada con la hipótesis de Murra y manifiesta una distinción ecológica entendida en términos también actuales entre Callalli, Sibayo, Chivay, Yanque y Cabanaconde; sin embargo excluye a Lari, aunque fue el segundo pueblo (reducción) en importancia en el siglo dieciséis (Ulloa Mogollón, 1965, 326 *passim*). La exclusión no es válida para ese siglo, cuando la provincia de los Collaguas mantenía una unidad étnica previa a la invasión española (Neira, 1961, 1964).

Confirmando la hipótesis de Murra, notamos aquí que el grupo étnico accede a distintos recursos ubicados en diversos niveles sobre el mar. Las visitas del valle del Colca, núcleo de la etnia Collagua (1591; 1604-1605; 1616-1617; 1645-1646), permiten ver cómo la etnia Collagua accede en conjunto y a través de cada uno de los tres núcleos (Yanque, Lari, Cabanaconde) a una variedad de pisos ecológicos esparcidos desde la puna hasta zonas situadas a la baja altura sobre el mar, e incluso a la orilla del mismo. Explica la versión como a los ayllus de Sibayo, ubicadas en la puna, Inkarrí «les daba [tierras] en el mar, o sea en las lomas [donde] tienen sus propiedades, digamos. Cada año hasta la fecha van a pescar y traer esas verduras, qochayuyo dicen»; esta relación existe hoy, comprobada, los hombres de Sibayo

utilizan tierras en el mar, en Punta Coloca cerca de Matarani, al oeste de Arequipa (Cuadros, 1973, p. 103).

Inkarrí aparece en Yanque con características comunes a las que tiene en otros mitos de creación mencionados; así sucede con su dominio sobre el agua (Arguedas, 1964). En otros contextos (Lircay, en Huancavelica), Santiago es equivalente a Inkarrí, y fertiliza la tierra (Pease, 1974). En Yanque también manda ordenarse a las piedras, y esto es evidente además en otras versiones conocidas. En otras oportunidades (Pease, 1973, Cáp. III) llamé la atención sobre que aún en la población andina actual se considera que el poder del Inka residía (reside) en mucho en su capacidad de mandar moverse a las piedras. Esto puede entenderse mejor si tenemos en cuenta que cuando los visitantes enviados por la Gasca fueron a Huánuco, en 1549, recibieron entre las informaciones «de lo que daban al ynga» los Chupaychu: «dijeron se quedaban en el Cuzco a la continua cuatrocientos indios e indias para hacer paredes y si se morían algunos daban oro [sic: otro]» (Mori y Malpartida, 1967, p. 306). El Tawantinsuyu reclamaba mano de obra a los grupos étnicos, y la empleaban en las construcciones, también agrarias (andenes y regadío), que permitían el abastecimiento de productos redistribuible por el Estado. No debe extrañar entonces que el Inka fuera considerado como el que tiene poder para mover piedras (aunque este es un atributo de los dioses creadores), si en un grupo étnico como el mencionado de Huánuco, que contaba entonces con aproximadamente 3000 unidades domésticas, se dedicaba 400 hombres con sus mujeres a esta tarea estatal, la cifra resulta grande, aun teniendo en cuenta la observación de Murra de que era posible que se tratara de 200 parejas (comunicación personal). La memoria oral ha transformado esta capacidad constructora de Inka en las pircas y andenes. La identificación de las chacras con andenes es evidente en el valle, donde encontramos un notable conjunto de estos, usables sin duda, no solo para incrementar el terreno cultivable, sino para permitir el regadío y crear microclimas, manteniendo la temperatura del suelo (Isbell, 1974, p. 151).

Otro aspecto importante del mito es la distribución ecológica del maíz. En el recorrido que hace Inkarrí en el mito recogido en Yanque, pasa inicialmente por Callalli (3687 m.) y Sibayo (3810 m.) en la puna, donde «les dejaba el Inkarrí tan solamente leña y ganado, porque como eran tan alto no podían tener sembríos; leña y pasto mayormente les dejaba», respetando, sin embargo, el acceso a recursos marinos por parte de estos mismos pobladores, existentes sin duda desde antes de la primera irrupción del Tawantinsuyu en la región.

Incluso Chivay (3633 m.) es todavía muy alto y frío para el cultivo del maíz. Y es que pareciera que las quebradas del lado occidental de los andes del sur son más frías y proclives a las heladas que los valles y quebradas situadas a similar altura al este de la cordillera occidental. Yanque (3417 m.), por el contrario, presenta una condición mejor. Al registrar el mito la carencia de agua, explica adicionalmente la escasez de maíz, al mismo tiempo que establece una relación ideal entre el Inka y los señoríos étnicos, que en Yanque generaba disturbios por la actitud de resistencia

y rebeldía de los últimos. Al entrar en conflicto con el Inka (el poder sobre el maíz y el agua), los hombres de Yanque solo obtienen maíz gracias al azar. La evidencia parece ser que Yanque es el límite superior del cultivo del maíz en el valle del Colca, en un microclima concreto ubicable actualmente en el sector urinsaya de las tierras de Yanque.

Cabanaconde (3283 m.) goza de un clima apto para el cultivo del maíz al poseer una mayor temperatura y abundancia de agua. Allí Inkarrí dejó «un choclo integro. Es por eso que en Cabanaconde hay bastante maíz». Esta preferencia puede referirse, además, a la predilección del Tawantinsuyu por las zonas productoras de maíz, la misma a la que nos referiremos después. Ulloa Mogollón (1965, p. 327) subrayó diferencias marcadas entre los habitantes de Cabanaconde y otros habitantes de los demás Collaguas de las partes altas (Yanque y Lari), y no solo circunscribe estas diferencias a un factor topográfico: la mayor fertilidad de su suelo, sino por otras razones esenciales de carácter lingüístico. Teniendo en cuenta la preferencia del Tawantinsuyu por el maíz, ya que este era un elemento de prestigio relacionado con el sol y con el Inka, puede entenderse entonces la relevancia de las zonas que lo producían, como denuncia el mito.

Reducción y evangelización: datos sobre el sincretismo andino

La visita general del virrey Toledo explica la presencia de las reducciones también en el área del río Colca; los estudios sobre esta sufren hasta ahora una situación fundamental: el no haberse hallado hasta hoy un solo protocolo de reducción, que explique cuáles fueron las razones —en cada caso diferente e importante— a las que recurrieron los visitadores para decidir el lugar en el que se haría el nuevo asentamiento de la población; tampoco existe ningún tipo de documento en el cual haya alguna referencia —nuevamente específica en cada caso— a los criterios que presidieron la reunión (o la dispersión) de ciertos grupos de parentesco (ayllu) vecinos de una región. En caso del valle del Colca, asentamiento central de los collaguas, tenemos un conjunto de reducciones no relacionadas en los resúmenes generales de la visita toledana (Málaga, 1974, 60ss; Cook, 1975, 215ss), donde solo se indica el número de habitantes y las tasas correspondientes.

Alejandro Málaga ha precisado los repartimientos y reducciones del corregimiento de Arequipa (1972a, p. 397), llamando después la atención sobre el problema en general, y las opiniones emitidas en la misma administración, muchas de ellas drásticamente contrarias (1974b; ver también este volumen). Los críticos, incluyendo al virrey Martín Enríquez, sucesor de Toledo, hicieron ver cómo las reducciones habían apartado a los pobladores de sus tierras, cuando no los habían obligado a abandonarlas definitivamente; más aún, cuando no era posible alejarlos lo suficiente de sus antiguos pueblos, estos eran quemados o destruidos, para impedirles así regresar subrepticamente a sus viejos hogares. Es importante recordar que una de las opiniones contrarias a las reducciones (antes de Toledo) fue también la de Fray Domingo de

Santo Tomas, obispo de Charcas, quien pidió autorización a la corona para traer más frailes, y evangelizar a los pobladores en sus pequeños poblados, pues:

[...]a causa de auer puesto algunos caçiques de los que están en nuestra Real corona algunos indios en partes donde se coxia mucho axi y coca y otras cosas por ser sus tierras esteriles y frias avian apartado de sus repartimientos a veinte y treinta y a quarenta y a çinquenta leguas y que su propia cantidad de yndios no podían ser doctrinados de los saçerdores y religiosos que tenían a cargo la doctrina y caueçeras y pueblos de los dichos yndios y que la doctrina de los dichos yndios tenía encargada a otros sacerdotes [...] (Provisión Real a los Oficiales Reales de Potosí, transcrita en la Plata, el 21 de marzo de 1566, Archivo de la Casa de la Moneda, Potosí. Cajas Reales 20, fols. 1265/1264).

Durante el trabajo realizado en el pueblo de Yanque fue posible acceder a una versión oral que habla de la mudanza de los pobladores del mismo a su actual emplazamiento, cruzando el río Colca. El nuevo pueblo es ciertamente de planta española, con calles tiradas a cordel, plaza amplia y central, de acuerdo con las disposiciones toledanas. El informante es el mismo de la versión anteriormente vista de Inkarrí, la narró en el pueblo antiguo de Yanque:

Este pueblo había sido desde aquellos tiempos Yanque, el actual Yanque había sido La Brota. En este pueblo [el viejo] los yanqueños antiguos habían sido Checa, familia antigua Checa y los que vivieron en la Broca fueron la familia Choque, Choquehuanca, mejor dicho Choquehuanca. [La] familia Checa con Choquehuanca, dicen que eran íntimos amigos, quizás hasta compadres fueron. Familia Choquehuanca, que vivía en la Brota, les invitaron a familia de acá [Checa] para que vaya a vivir en la Brota.

Entonces se decidieron la familia Checa a ir a la Brota llevando su imagen milagrosa: «San Exaltación». San Exaltación apareció en la capilla, decía que la espina cisera tenía que ser plátano, y la guajrataya [espina con hojas] iba a ser coca. Otra espina, ayrampu que llamamos, tenía que ser keuña, árboles grandes para la leña. Bueno como le digo, esa familia Checa se decidieron [a] irse a La Brota; llevaron a la imagen a la iglesia de La Brota, cargando llevarían pues, o a patatín, a pié pues. Bueno, lo encerraron en la iglesia de La Brota a la imagen.

Al día siguiente fueron a verla a la imagen, y ya no había; se había desaparecido, la imagen se había regresado acá [a Yanque viejo], donde había estado. El segundo día, nuevamente la llevaron, y nuevamente la entraron [a la iglesia], hasta pusieron guardianes; vuelta se había venido para acá [Yanque viejo] de noche. Por tercera vez la llevaron, latigueando dicen, porque esa familia [Checa] era algo feroz ¿no? Llevaron legalmente con látigos; llegando al puente, más arriba hay un calvarito de piedra, allí dicen que han hecho descansar. Bueno, de allí [la] llevaron al canto del pueblo [de] La Brota. Hasta sangre había rociado la imagen, dicen. Dicen que hay huellas. No [las] he visto yo.

Entonces, desde esa vez, dicen que la imagen se había ido a otra parte, dicen que a Cuzco, verdad. Había todavía en cuerpo de la imagen, pero sería su pati, como

una fotografía. El imagen se había ido para el lado del Cuzco llevando[se] todas esas plantitas, allí habían formado su valle. Ha dejado negado este pueblo. Desde ese día este pueblo Yanque ha dejado negado totalmente. Ha llevado el agua; esta agua [la de hoy] viene de lejos con tanto sacrificio ya. Aquí, en el rincón, en aquel cerro, ha dejado un ojito de agua. Esa agua ha dejado tan solamente para los pajaritos. Eso es todo.

Dicen por tercera vez, hasta crucificado había llevado a la imagen. Si no [la] hubieran castigado de esta manera, dicen que hoy día era [sería] valle esta región, esta quebrada legalmente existía esa imagen, dicen que por Yanaoca, por departamento del Cuzco. Así me han contado. No sé cómo será pues.

La información que nos proporciona esta tradición oral debe llevar reflexiones diversas, teniendo en cuenta que no es una versión mítica del establecimiento de las reducciones en Yanque, dicho en un sentido estricto, y al margen de que se refiere ciertamente a este traslado. Hay, de un lado, la constancia de la dualidad de la organización andina, cuando hace referencia a las dos «familias» originarias, sin embargo elude la identificación específica de las parcialidades, aunque puede notarse que, actualmente, las tierras que rodean el emplazamiento del viejo pueblo de Yanque son de la parcialidad urinsaya, mientras que las ubicadas en la margen opuesta del río Colca [La Brota], corresponden a hanansaya. Esto podría confirmar una identificación aun moderna, Choquehuanca como familia preeminente de hanansaya, y Checa como equivalente urinsaya.

Es necesario insistir además que solo el patrón del pueblo nuevo de Yanque [La Brota], y no el viejo, corresponde a las instrucciones para el establecimiento de las reducciones mandadas hacer durante la visita general del virrey Toledo, donde se insistió por un lado en reducir a los habitantes «procurando que sean los mismos pueblos que se pudieran», insistir en «trazar los dichos pueblos por sus calles y cuerdas anchas y derechas, dejando el número de plaza y sitio para la iglesia, si no la hubiere, y para casa de sacerdote, y solar para casas de comunidad, y cabildo y juzgado de los alcaldes que ha de haber, y cárcel con aposento distintos para hombres y mujeres...», «Yten, trazaréis las casas de los indios que tengan otra puerta que salga a casa de otro indio tenga su casa aparte.» (Toledo, 1924, p. 164), con lo cual el virrey confirmó las sugerencias que había dado años atrás el licenciado Matienzo (1967, 48ss), quien propuso inclusive un modelo del eje central de la reducción.

La versión no identifica específicamente mudanza con reducción, aunque sí establece una consecuencia importante del cambio aludido, y que puede ser identificada con una pérdida de recursos, al mismo tiempo que indica una aculturación en términos religiosos: el caso de «San Exaltación», que puede entenderse referido a la celebración católica de la exaltación de la Santa Cruz, (que la iglesia celebra el 14 de septiembre, sin embargo, la fiesta en Yanque y otros lugares del valle del Colca es el 3 de mayo, en «Invención de la Santa Cruz»). Aquí puede considerarse, de un lado, la pérdida de recursos que significó la ida definitiva de San Exaltación a tierras cuzqueñas (Yanaoca) y, de otro, la superposición católica sobre otra andina.

La reducción limitó las posibilidades de acceso a recursos de la población, y ello sí es evidenciado en el relato, ya que el santo se llevó lejos las plantas ansiadas (coca, tuna, árboles para leña), poniéndolas fuera del alcance de la gente de Yanque, y ello puede indicar no solo la pérdida efectiva de los recursos, sino que ello puede atribuirse a la limitación de movimientos que la reducción suponía. Una cuestión aparentemente marginal, asocia la influencia de la evangelización con la pérdida de la coca, desde que los misioneros del dieciséis la identificaron rápidamente con «la idolatría» combatida sistemáticamente por la iglesia, aunque ello no excluyó su cultivo por españoles para su venta en los centros mineros.

«San Exaltación» nos lleva de la mano a otro problema, relacionado con la religión andina y la evangelización. En primer lugar, parece correcto identificarlo con Cristo, toda vez que a falta de un santo de este nombre la única fiesta católica sugerible sería la inversión-exaltación de la Santa Cruz, mencionada. Cristo ha suplantado aquí una divinidad andina protectora (productora) del agua, la coca y otras plantas que es sin duda solar, puesto que Cristo reemplaza a divinidades solares, y que al irse del valle a consecuencia del maltrato sufrido a manos de la parcialidad de urinsaya (aunque aliada con hanansaya) llevó consigo tanto a las plantas como al agua. Es importante destacar que también en esta zona Inkarrí (el Inka) es la divinidad que da agua, como quedó claro en la primera versión analizada. También le pueden quitar; al irse San Exaltación-Inkarrí, se lleva el agua. Si bien el relato de San Exaltación no considera el maíz, sí destaca la coca, y es conocida la importancia que el cultivo de esta tuvo para servir a los mecanismos redistributivos del Tawantinsuyu, lo cual permite explicar su asociación con el Inka. San Exaltación (Cristo) ha reemplazado al Inka entonces. Creo que esta asociación no es confundible con la de Santiago-Inkarrí (Pease, 1974, pp. 224-225) y, en cambio, sí el reemplazo del Inka por Cristo en otras versiones andinas. Cristo no solo es el «Inka de los españoles» (Arguedas, 1964), sino que puede ser entendido también como un dios solar (Pease, 1973, p. 88; Altheim, 1966, p. 129). No podría dejar de anotar que las tres veces que el santo aludido fue llevado a su nuevo emplazamiento en el pueblo nuevo (reducción) de Yanque, pueden ser relacionadas con el mito andino de las tres edades asociado con la evangelización de los franciscanos, influida por las ideas de Joaquín de Fiore, o con una representación de la pasión cristiana.

Las relaciones con la región del lago Titicaca

Ciertamente que la documentación, así como también la información oral contemporánea, nos habla de una larga vinculación entre la región de Collaguas y la del altiplano del Titicaca. Incluso, y en términos generales, las visitas del dieciséis recuerdan la presencia de un Martín Cari como antiguo curaca «Ayllu Calloca de que es principal don Juan Caquia en lugar de don Juan Yanque y don Martín Cari que le fueron» (revisita de Yanque hanansaya, 1616: 350v). Ciertamente que no puedo probar ahora que este Martín Cari sea el mismo de Chucuito en 1567, pero es difícil no

ceder a la tentación de pensar que se trata de la misma persona cuando constato que Juan Caquia había nacido en 1549 y que tendría aproximadamente ocho años cuando se realizó la visita de Garcí Diez de San Miguel a Chucuito y que Martín Cari, curaca de Chucuito tendría unos treinta años entonces, ¿también los tendría Juan Yanque? En 1617 había, además, un Francisco Cari como curaca en Tuti (Yanque hanansaya, 1617: 339r). Los resultados de los trabajos etnográficos han insistido también en la vinculación actual con las tierras altas, al sur del Cuzco (Cuadros, 1973, II; Gómez, 1973) e incluso algunas narraciones de pastoreos relatan antiguos viajes del Apu Ausangati cuzqueño hacia la zona de Collaguas, así como los orígenes del hombre y su tarea pastoral (Casaverde, 1974); la documentación hallada hasta el momento deja ver hasta qué punto la vinculación entre ambas regiones es más antigua y sólida de lo que podría suponerse.

Ya en 1586 Juan Ulloa Mogollón había llamado la atención sobre las diferencias de la población de la región Collagua, al distinguir a los hombres de las tierras más altas y frías de Yanque y Lari de los habitantes de las regiones más bajas y cálidas de Cabanaconde (Ulloa Mollollón, 1965 [1586], p. 327); mientras los primeros hablaban entonces aymara, los últimos hablan quechua, aunque «muy avillanado». Anotó también la distinción entre los tocados y las deformaciones craneanas. Los de Yanque y Lari vivieron originalmente en fuertes «que llaman pucara», bajaron (¿desde la puna?) «a esta provincia y valle», usando gorros, chucos similares que los que Cieza de León ([1553]: c, 1945: 256) y el padre Cobo ([1653] 1956, II: 245) mencionaron para los aymaras de Chucuito (y de donde derivó el apelativo regional, según los cronistas); los de Cabanaconde «fueron desde el dicho cerro de Hualcahualca» (su origen mítico) hacia la sierra e poblaron Cavana Colla, y cuya diferencia nombraron su pueblo Cavana Conde (Ulloa Mogollón, 1965 [1586], p. 327); la deformación craneana suponía entre estos una forma diferente «porque, recién nacidos los niños e niñas se les atan muy recia y la hacen chata» (en vez de alargada y redonda como en las tierras altas).

Hay que mencionar aquí la situación similar que vamos conociendo en relación a los patrones de poblamiento en Chucuito, donde las últimas investigaciones de John Hyslop y Elías Mújica distinguen también, como Ulloa en Collaguas, las poblaciones preincaicas y fortificadas de las cumbres de los cerros, de los asentamientos, presumiblemente contemporáneos al Tawantinsuyu, de las siete «cabeceras» lupaqa que conocieron los cronistas y registraran minuciosamente Garcí Diez de San Miguel en 1567.

Otra cuestión importante y ya mencionada está en torno a la diferencia ecológica, y el mismo Ulloa informó que:

[...] a la cabezada del dicho río es tierra frigidísima, donde están poblados muchos yndios Collaguas desta provincia, y donde, por ser tan frío, no se coge comida ninguna; sustentándose del ganado de la tierra que se cría en esta tierra en abundancia, de que tiene trato y granjería; y en esta tierra hay pasto: Llámese la puna. El río abajo que hace forma ya de un valle, están poblados los demás yndios Collaguas, estos

cogen su comida, maíz o quinoa y papas; es tierra flaca de pocos frutos, e acude muy poca comida; y por estos son faltos de mantenimiento; y tierra rasa, estéril, de pocas aguas e ningunos árboles... mientras más abajo, siguiendo el valle hacia la mar, es más caliente y se coge comida en abundancia. Es este río el de Camaná, valle fertilísimo. (Ulloa Mogollón, 1965 [1586], p. 328).

El problema está planteado tanto en términos de una diferencia ecológica, como también de una doble jerarquía. Al mismo tiempo, se insiste demasiado en la pobreza de la región, aunque es posible que su «riqueza» de carácter andino no fuera bien apreciada por Ulloa Mogollón, ya que de no existir no se comprendería por qué entregaron el repartimiento de Yanque a Gonzalo Pizarro en los primeros momentos de la colonización española. Sería posible que lo que aún era riqueza al momento de la invasión (cantidad de gente) hubiera entonces descendido.

En términos «aymaras», si nos atenemos a los Lupaqa, donde las tierras sirven directamente al núcleo, y considerando la proposición de Troll (1958), quien relacionó la alta civilización (¿y el poder?) con los recursos de la puna, las tierras más altas de Collaguas (Yanque y Lari) podrían tener una mayor jerarquía dentro de la etnia (Hanan), mientras que Cabanaconde resultaría preferida por el Tawantinsuyu en su expansión, evidente no solo en el mito visto anteriormente, sino también en su riqueza maicera. Sería imprescindible un detenido estudio arqueológico [ver Doutriaux] que determinara los alcances de la presencia incaica en la región de Collaguas, para ver hasta dónde puede entenderse a Cabanaconde como un área privilegiada por el Tawantinsuyu. No deja de ser interesante el hecho mencionado, casi al paso, por Ulloa Mogollón, de que los pobladores de Cabanaconde tienden a subir a la sierra, mientras que los de Yanque y Lari tienden a bajar de la puna al valle bajo. ¿Es que el Tawantinsuyu los empleó como mitmaquna, y llevó a las tierras altas a los pobladores de Cabana, repoblándose esta con gente de altura?

Pero el hecho posible de una situación de privilegio de Cabanaconde durante el Tawantinsuyu nos lleva a una comparación inmediata con la situación de los Lupaqa, en el mismo tiempo alrededor del lago Titicaca encontramos hasta tres grupos étnicos que fueron sometidos por el Tawantinsuyu y que mantuvieron su unidad étnica, así como sus relaciones interétnicas, hasta después de la invasión española: los Hatuncolla, los Pacaxe y los Lupaqa. De los tres, el más documentado es sin duda el último, pues no solo contamos con la visita hecha en 1567 por Garcé Diez de San Miguel (1964), sino también con una nueva documentación (Pease, 1973), que va más allá de la visita general realizada bajo el gobierno del virrey Toledo. Pero los trabajos realizados a base de la visita han insistido fundamentalmente en el reino Lupaqa, aunque Murra llamó la atención sobre la conveniencia de considerar la zona lacustre como una unidad. Los Lupaqa no se presentan tampoco en las crónicas como una unidad aislada, sino relacionada fuertemente con los otros grupos étnicos de la región que aborda al Titicaca.

Es un hecho que si observamos la información proporcionada por las crónicas, podemos ver hasta qué punto Hatuncolla, Pacaxe y Lupaqa son equivalentes entre

sí, en tanto que partes (jerarquizadas sin duda) de una unidad mayor construida en torno al lago mismo. Podría plantearse la pregunta de si los Lupaqa podrían ser en realidad una unidad étnica como han sido tratados, o si en realidad constituían una tercera parte de una unidad que englobaba los otros dos grupos mencionados. Los tres mantuvieron un sistema de control ecológico equivalente o paralelo en las mismas áreas, mantenían colonias («islas») al este del altiplano Perú-Bolivia (hacia Cochabamba, por ejemplo), también en las tierras costeñas de Arequipa, Tarapacá y Arica (Cúneo Vidal, 1919; Murra, 1975, 193 ss), y en cierta oportunidad se encuentra cómo los señores (Lupaqa en este caso) actúan «fuera» de lo que se entiende normalmente como su «territorio»:

[...] quando don Francisco llego al Cuzco vino [al pueblo de Moho, en la actualidad provincia de Huancané, Puno] un cacique principal de la provincia de la provincia de Chucuito que se llama Care ya muy viejo y gobernador desta prouincia y llego al pueblo de Millirea y les dijo a los yndios mitimaes que allí estauan hermanos ya no es tiempo del ynga agora y os podéis boluer a vuestra tierra cada uno y así saue este testigo que se fueron muchos que no quedaron hasta treinta dellos no más y que después se fueron los que quedaron. (Archivo Nacional de Bolivia, Sucre, EC-1611, n2, 33v/34r; agradezco esta indicación al Dr. John V. Murra).

Se trata de una petición que presentó «don Juan Arapa y los demás principales e yndios mitimaes que residen en el asiento de Millirea provincia del Collao...en apelación...don Luis Enríquez [¿de Monroy?] visitador de aquella prouincia en que mando que...se reduxesen a los pueblos y repartimientos de donde dicen que son originarios y naturales y para tal efecto les quemó sus casa». Notamos aquí que la presencia de un Cari, señor de Chucuito, aparece relacionada con los pobladores de la orilla opuesta del lago, decidiendo movimientos de población en «territorio» de otro grupo lacustre, lo cual hace pensar en una relación que unía a los pobladores del lago entre sí, e incluso en interrelaciones que suponen un control Lupaqa sobre «territorios» Hatuncollas o Pacaxes. La cosa es más evidente si tenemos en cuenta que una vez idos los mitimaes, de acuerdo a la disposición de Cari, «tuvieron guerras los indios Canches y Canas que son del término del Cuzco con los indios deste pueblo de Guancane Moho Carabuco y Pacajes y Quirrcas que es términos de los indios forasteros [...]» (loc. cit.). Las vinculaciones entre los pobladores de los grupos que rodeaban al lago deben haber sido mucho más estrechas de lo pensado hasta aquí. Aunque se puede presumir que las mismas fueron anteriores al Tawantinsuyu, no es posible soslayar la declaración de don Francisco Vilcacutipa, anciano curaca de llave hanansaya: «dijo que a su abuelo de don Martín Cari que se llamaba Apo Cari le hacían chacaras en toda esta provincia porque era gran señor como segunda persona de ynga y mandaba desde el Cuzco hasta Chile...» (Diez de San Miguel, 1964 [1567], p. 107). De otro lado, tenemos información proporcionada por los cronistas que nos dice que los «collas» sometidos a Hatuncolla controlaban «más de ciento y sesenta leguas de norte-sur, porque era cinche [Chuchi Cápac] o, como él se llamaba,

Cápac o Colla Cápac, desde veinte leguas del Cuzco hasta los Chichas, y todos los términos de Arequipa, y la costa del mar hacia Atacama, y las montañas de los Mojos» (Sarmiento de Gamboa, 1947 [1572], p. 191). Es visible que estos «territorios» no pueden ser entendidos como una unidad territorial uniforme y contigua, sometida a la autoridad central («estatal», a la europea), más bien es difícil comprender que la mención del cronista se refiere sin discusión a zonas en las cuales los tres grupos étnicos de las orillas del Titicaca tenían microclimas productores de diversos recursos.

El problema se plantea al momento de la invasión de la zona del altiplano por el Tawantinsuyu. Relatan allí las crónicas que Cari, malku de Chucuito, que se hallaba en guerra con Zapana malku de Hatuncolla, se alió con los cuzqueños que avanzaban por la región de Canas, para derrocar a Zapana, razón por la cual el Inka favoreció de manera especial a los Lupaqa; esta no parece ser una situación aislada, ya que los cronistas insisten en representar a los Lupaqa como privilegiados por el Tawantinsuyu, y su malku Cari mandaba desde el sur del Cuzco hasta Chile, como delegado del poder central. Parecería que esta situación fuera equivalente a la de Cabanaconde en Collaguas y estaría sin duda referida a la mecánica de expansión del Estado cuzqueño. De ser privilegiado un grupo de cada tres (¿un sector de cada tres? cfr. Zuidema) sería posible romper el equilibrio étnico a favor del predominio estatal. En todo caso esta pregunta, como otras, sigue en pie.

Bibliografía

- Acari (1973 [1593]). Visita de Acari [hecha por Gaspar Rodríguez de los Ríos]. Nota preliminar de Franklin Pease G. Y. *Historia y Cultura*, 7, 129-209.
- Altheim, Franz (1966). *El dios invicto*. Buenos Aires: Eudeba.
- Arguedas, José María (1956). Puquio. Una cultura en proceso de cambio. *Revista del Museo Nacional*, 24, 184-232.
- Barriga, Víctor (1952). *Memorias para la historia de Arequipa*. IV. Arequipa.
- Casaverde, Juvenal (1974). Algunos aspectos del trueque en Caylloma. Ponencia presentada al Segundo Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina, Trujillo.
- Cieza de León, Pedro (1945 [1553]). *La crónica del Perú*. Buenos Aires: Editorial Austral.
- Cobo, Bernabé (1956 [1653]). *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- Cook, N. David (1974). *Tasa de la visita general de Francisco de Toledo*. Lima: Universidad Nacional de San Marcos.
- Cook, N. David. 2007. *People of the volcano: Andean Counterpoint in the Colca Valley of Peru*. Durham NC: Duke University Press.

Cuadros, Juan José (1973). *El control ecológico vertical en la economía de los Collaguas*. (Tesis). Universidad de San Agustín: Arequipa.

Cúneo Vidal, Rómulo (1919). El cacicazgo de Tacna. *Revista Histórica*, VI, 309-324.

Diez de San Miguel, Garcí. (1964 [1567]). *Visita hecha a la provincia de Chucuito*. Lima: Casa de la Cultura del Perú.

Dobyns, Henry (1963). An outline of Andean Epidemic History to 1720. *Bulletin of the History of Medicine*, 37 (6), 493-515.

Doutriaux, Miriam (2004). Imperial Conquest in a Multiethnic Setting: The Inka Occupation of the Colca Valley, Peru. Tesis doctoral inédita, University of California, Berkeley.

Echevarría y Morales, Francisco Xavier (1949 [1804]). Memoria de la Santa Iglesia de Arequipa. *Revista Universidad de Arequipa*, 21, 109-254.

Espinoza Soriano, Waldemar (1975). Ichoc Huánuco y el señorío del curaca Huanca en el reino de Huanuco. Siglo XV y XVI. Una Visita inédita para la etnohistoria Andina [1549]. *Anales Científicos del Centro del Perú*. Huancayo, 4, 7-61.

Flores Ochoa, Jorge. 1970. Nota sobre rebaños en la visita de Gutiérrez Flores. *Historia y Cultura*, 4, 63-70.

Flores Ochoa, Jorge (1973a). El reino lupaca y el actual control vertical de la ecología. *Historia y Cultura*, 6, 195-201.

Flores Ochoa, Jorge (1973b). Inkarrí y Qollari en una comunidad del altiplano. En Juan Ossio (comp.). *Ideología mesiánica del mundo andino*, pp. 331-336. Lima: Ignacio Prado Pastor (editor-impresor).

Fonseca Martel, César (1972^a). La economía vertical y la economía de mercado en las comunidades alteñas del Perú. En Ortiz de Zúñiga II, [1562]. *Visita de la provincia del León de Huánuco*, pp. 315-365.

Fonseca Martel, César. 1972b. *Sistema económico en las comunidades campesinas del Perú*. (Tesis doctoral). Universidad de San Marcos: Lima.

Garcilaso de Vega, El Inca (1960 [1609]). Los comentarios reales de los Incas, [primera parte]. En *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

Helmer, Marie (1956). La visitación de los indios Chupachos: Inka et encomendero. *Travaux de l'Institut d' Études Andines*, 5, 3-50.

Hyslop, John y Elías Mújica Barreda (1974). El estudio del núcleo de un núcleo altiplánico según la táctica arqueológica. Ponencia en el II Congreso del Hombre y la Cultura Andina: Trujillo.

Jiménez de la Espada, Marcos (1965 [1881-1897]). *Relaciones geográficas de Indias*, 3 Vols. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

- Leguía y Martínez, Germán (1912). *Historia de Arequipa*, 2 Vols. Lima.
- Málaga Medina, Alejandro (1972a). Toledo y las reducciones de indios de Arequipa. Aspecto demográfico. *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, XVI(3), 389-400.
- Málaga Medina, Alejandro (1972b). El virrey don Francisco de Toledo y la reglamentación del tributo en el virreinato del Perú. *Anuario de Estudios Americanos*, XXIX, 597-623.
- Málaga Medina, Alejandro (1974a). *Visita general del Perú por el virrey D. Francisco de Toledo*. Arequipa: Imprenta Editorial El Sol.
- Málaga Medina, Alejandro. (1974b). Las reducciones en el Perú, 1532-1661. *Historia y Cultura*, 8, 141-172.
- Matienzo, Juan de (1967 [1567]). *Gobierno del Perú*. Guillermo Lohmann Villena, editor. Travaux de l'Institut Français d'Études Andines, XI.
- Mayer, Enrique (1971). Un carnero por un saco de papas: aspecto del trueque en la zona de Chaupiwara, Pasco. *Revista del Museo Nacional*, 37, 184-196.
- Málaga Medina, Alejandro (1972). Censos insensatos: evaluación de los censos campesinos en la historia de Tangor. En Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia del León de Huánuco*, II, 341-365.
- Monzón, Luis et al. (1065 [1586]). Descripción de la tierra del repartimiento de los Rucanas Antamarcas. En Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, 1.
- Mori, Juan de, y Hernando Alonso Malpartida (1956 y 1967 [1549]). Visitación de los pueblos de indios. En Ortiz de Zúñiga. *Visita de la provincia de León de Huánuco*, I, pp. 120-143.
- Morote Best, Efraín (1958). Un nuevo mito de fundación del incario. *Revista del Instituto Americano de Arte*, 8, 8.
- Murra, John V. (1964). Una apreciación etnológica de la visita. En Diez de San Miguel, *Visita hecha a la provincia de Chucuito [1567]*, pp. 421-444.
- Murra, John V. (1967). *La visita de Chupachu como fuente etnológica*. En Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia de León de Huánuco*, I, pp. 383-406.
- Murra, John V. 1964 (1968). An Aymara Kingdom in 1567. *Ethnohistory*, 15(2), 115-151.
- Murra, John V. 1964 (1972). El control vertical de un máximo de pesos ecológicos en las sociedades andinas. En Ortiz de Zúñiga, *Visita de la provincia del León de Huánuco*, II, pp. 429-476.
- Murra, John V. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: IEP.

Neira Avendaño, Máximo (1961). Los Collaguas. (Tesis doctoral). Universidad de Arequipa: Arequipa.

Murra, John V. (1964). Prehistoria de la Provincia de Caylloma. *Humanistas*, 2.

Núñez del Prado, Oscar (1957). *El hombre y la familia, su matrimonio y organización política y social en Q'ero*. Cuzco: Editorial Garcilaso.

Ortiz Rescaniere, Alejandro (1974). *De Adaneva a Inkarrí*. Lima: Retablo de Papel.

Ortiz Zúñiga, Iñigo (1967-1972 [1562]). *Visita de la provincia del León de Huánuco*. John V. Murra, editor. Huánuco-Lima.

Ossio A., Juan M. (comp.) (1973). *Ideología mesiánica del mundo andino*. Lima: PUCP.

Ossio A., Juan M., y Jorge Herrera A. (1973). Versión del mito de Inkarrí en el pueblo de Andamarca (Ayacucho Perú). En Juan Ossio, compilador, *Ideología mesiánica del mundo andino*, 153-213.

Pease G. Y., Franklin (1972). *Los últimos incas del Cuzco*. Lima: Editorial P. L. Villanueva

Pease G. Y., Franklin (1973a). Cambios en el reino de Lupaqa (1567-1661). *Historia y Cultura*, 7, 89-105.

Pease G. Y., Franklin (1973b). *El dios creador andino*. Lima: Mosca Azul.

Pease G. Y., Franklin (1974a). Un movimiento mesiánico en Lircay (Huancavelica, 1811). *Revista del Museo Nacional*, XL, 220-252.

Pease G. Y., Franklin (1974b). Etnohistoria andina. Un estado de la cuestión. Ponencia en el primer Encuentro de Historiadores Latinoamericanos, México.

Polo, José Toribio (1913-1917). Apuntes sobre las epidemias en el Perú. *Revista Histórica*, V(1), 50-109; (2), 207-208.

Rostworowski de Diez Canseco, María (1970). Mercaderes del valle de Chíncha en la época pre-hispánica: un documento y unos comentarios. *Revista Española de Antropología Americana*. V, 135-178.

Rowe, John Howland (1958). The Age-grades of the Inca Census. *Miscellanea Paul Rivet*, II, pp. 499-522. México: UNAM.

Sánchez Albornoz, Nicolás (1973). *La población de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

Sarmiento de Gamboa, Pedro (1947 [1572]). *Segunda parte de la historia general llamada indica*. Edición y estudio preliminar de Ángel Rosemblat. Buenos Aires: Emecé.

- Serna, Miguel de la, y Juan de Espinoza (1975 [1549]). *Visita del repartimiento del cacique Guanca en la provincia de Huánuco, hecha por el capitán...* En Espinoza, pp. 1-61.
- Troll, Carl (1935). Los fundamentos geográficos de las civilizaciones andinas y del Imperio Incaico. *Revista de la Universidad de Arequipa*, IX, 129-182.
- Troll, Carl (1980 [1958]). Las culturas superiores andinas y el medio geográfico. *Allpanchis*, XV, 3-55.
- Ulloa Mogollón, Juan de (1965 [1586]). Relación de la provincia de los Collaguas. En Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, I, pp. 326-333.
- Valdivia, Juan Gualberto (1847). *Fragmentos para la historia de Arequipa*. Arequipa.
- Valencia Espinoza, Abraham (1973). Inkarrí Qollari dramatizado. En Juan Ossio (comp.). *Ideología mesiánica del mundo andino*, pp. 281-298.
- Vásquez Espinoza, Antonio. (1958 [1628]). *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Edición y prólogo de Charles Upson Clark. Washington: Smithsonian Institution.
- Wachtel, Nathan (1971). *La visión des vaincus: les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole, 1530-1570*. Paris: Gallimard.
- Wernke, Steven A. (2006). *Comunidad e imperialismo: Una visión arqueo-histórica del reino incaico en Yanquecollaguas*. En *Collaguas III: Yanquecollaguas*. David J. Robinson, editor, 125-146. Lima: Fondo Editorial PUCP.